

Byung-Chul Han: Dios no ha muerto

El pensador coreano, para quien Simone Weil fue “la figura intelectual más brillante del siglo XX”, dicta con ella y con su obra una excelente lección de filosofía de la religión de dos de los pensadores más creativos e influyentes de nuestro tiempo



Varios visitantes del Louvre de París contemplan la 'Venus de Milo', el 19 de noviembre de 2025.
SEBASTIEN DUPUY (AFP / GETTY IMAGES)



JUAN JOSÉ TAMAYO

29 DIC 2025 - 05:30 CET

      15 

En una carta dirigida al padre dominico Joseph Perrin, la filósofa francesa

[Simone Weil](#) expresaba lo doloroso que le resultaba imaginar “que los pensamiento que han descendido sobre mí están condenados a muerte por el contagio de mi insuficiencia y de mi miseria”. El gradual reconocimiento de su obra y el impacto que produjo en el mundo intelectual tras su fallecimiento a los 34 años desmintió pronto su temor. [Albert Camus](#) la definió como el “único espíritu libre de nuestro tiempo”, una persona con una gran sed de verdad acompañada de una gran inteligencia y honestidad.

El filósofo y teólogo surcoreano [Byung-Chul Han](#), premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades de 2025, considera a Weil “la figura intelectual más brillante del siglo XX”, y en este libro establece con ella y con su obra un diálogo en profundidad e iluminador de la oscuridad del presente desde una hermenéutica creativa. No es un diálogo intemporal y aséptico, sino que interpela a la sociedad actual caracterizada, según Byung-Chul Han, por un régimen dictatorial neoliberal que explota nuestra libertad y en el que los seres humanos se han convertido en esclavos de su propia creación, por un mundo que se ha tornado un “ruidoso mercado”, por las redes sociales que difunden agresividad y odio por una democracia que, sin ética, crece de contenido y por la brecha cada vez más amplia entre ricos y pobres.

El filósofo de origen coreano reconoce sentir una “amistad profunda del alma” con Simone Weil, la filósofa, mística e intelectual compasiva con las personas y los colectivos más vulnerables, y navega por su pensamiento para mostrar que, más allá de la inmanencia de la producción, del consumo, de los *big data* y de la insaciable necesidad de información, existe una *trascendencia* capaz de ofrecernos la plenitud del ser y de liberarnos de una vida de mera supervivencia y carente de sentido.

El diálogo con Weil gira en torno a siete palabras fundamentales tomadas de las experiencias y del pensamiento de la filósofa francesa: atención, descreación, vacío, belleza, dolor, silencio e inactividad

El diálogo gira en torno a siete palabras fundamentales tomadas de las

experiencias y del pensamiento de la filósofa francesa: atención, descreación, vacío, belleza, dolor, silencio e inactividad. En él participan también cualificados interlocutores de ayer y de hoy: de Sócrates, Platón y Kant a [Agamben](#), Foucault y Steiner, pasando por Kierkegaard, Nietzsche, [Heidegger](#), Kafka, Lévinas, Adorno y Benjamin, que abren nuevos horizontes a los pensares y sentires de Han y Weil.

Lo primero que constata es la crisis de la religión y del espíritu debida a causas estructurales, no puramente coyunturales, entre las que cita la pérdida del silencio, el declive de la atención y el ruido atronador de la comunicación. Pero, a pesar de la crisis, *“no es Dios quien ha muerto, sino el ser humano al que Dios se revelaba”*. ¿Dónde se revela Dios ahora? En la respuesta a esta pregunta se manifiesta la originalidad de la filosofía de Weil y Han.

Dios no se revela a través de los atributos de la vieja teodicea: omnipotencia, omnisciencia, omnipresencia, providencia e incluso violencia. ¿Dónde, entonces? En el vacío y la desnudez, siguiendo a los místicos, especialmente a Maister Eckhart y [San Juan de la Cruz](#); en el silencio de Dios, que es más poderoso que cualquier palabra: en la atención profunda, que Simone Weil llama “la palanca del alma”, en la que tiene su origen toda capacidad creadora del ser humano; en la belleza que, citando a Platón, la filósofa considera una experiencia de Dios; en la contemplación estética tanto de la naturaleza como de una estatua griega, que “constituye por sí sola una prueba de Dios”; en el dolor, que es la matrona de lo nuevo; en la negatividad como camino de ascenso a Dios; en la atención sin distracción.

¿Libro apologético? No. Una excelente lección de filosofía de la religión de dos de los pensadores más creativos e influyentes de nuestro tiempo.

Creo que Simone Weil y Byung Chul Han darían por buena la definición de Dios de José Saramago: “Dios es el gran silencio del universo y el ser humano el grito que da sentido a ese silencio”.
